

LA AMISTAD DE LOS AMIGOS*

Ernesto Rodríguez Serra

Centro de Estudios Públicos

Resumen: A partir de tres sentimientos de atracción que los griegos distinguieron (*eros*, *agape* y *filia*), Rodríguez trata en esta conferencia sobre la experiencia de la “amistad de los amigos”. Describe la amistad en diferentes edades (la amistad entre los niños, entre los jóvenes), para luego referirse a lo que él llama la “amistad sagrada”. Dante, Montaigne, Sterne, Hölderlin, Bolaño y muchos otros son los autores cuya lectura ha enriquecido la amistad de la cual Rodríguez habla en estas páginas, muchas veces en primera persona.

Palabras clave: amistad, *eros*, *agape*, *filia*.

Recibido: enero 2013; **aceptado:** octubre 2013.

THE FRIENDSHIP OF FRIENDS

Abstract: *With reference to three types of love distinguished by classic Greeks (eros, agape y filia), Rodríguez talks about the experience of the “friendship of friends”. He describes friendship at different ages (childhood, youth), and then addresses what he calls the “sacred friendship”, drawing from his readings of Dante, Montaigne, Sterne, Hölderlin, Bolaño, among others, as well as and on his own personal life and understanding of friendship.*

Keywords: *friendship*, *eros*, *agape*, *filia*.

Received: *January 2013*; **accepted:** *October 2013*.

ERNESTO RODRÍGUEZ SERRA. Profesor de Poética del Habitar, Facultad de Arquitectura, P. Universidad Católica de Chile. Coordinador de Extensión del Centro de Estudios Públicos.

* Versión revisada de la conferencia dada en el Centro de Estudios Públicos el 31 de mayo de 2012 en el marco del ciclo “Sobre la amistad”.

Estudios Públicos, 133 (verano 2014), 125-136.

ISSN 0716-1115 (impresa) ISSN 0718-3089 (en línea).

En estas conversaciones sobre la amistad, quiero detenerme en una forma de ella, particular y privilegiada: la amistad de los amigos.

Si algo así como la felicidad es a veces posible, y se necesita de algunos bienes y placeres, como nos dice Aristóteles, y fuera una inclinación del hombre adentrarse en lo bueno y verdadero del mundo, y si esa inclinación se convirtiera en un ánimo permanente, un hábito, ¿sería posible tal inclinación si la mantuviéramos encerrada, sólo para nosotros mismos? No, no sería posible, lo sabemos, si no la compartiéramos con nuestros amigos.

Desde mi primera juventud, en lo que yo creía, impunemente, que eran mis pensamientos propios, ya me parecía que lo mejor de la vida sería vivir bajo el signo del “con” y lo peor, vivir en el “sin”.

Vivir es siempre vivir con otros en este mundo que hemos recibido y queremos inevitablemente hacer nuestro, aceptándolo, criticándolo, cambiándolo y celebrándolo. Este vivir con otros en el mundo, a la vez, es inseparable de nuestra soledad, porque vivir es también, como decía Ortega y Gasset, radical soledad. La amistad y la soledad van juntas. Lope de Vega, amigo de amigos y aventuras, decía: “A mis soledades voy, de mis soledades vengo, porque para andar conmigo me bastan mis pensamientos”. Soledad y amistad, soledad y muchedumbre son como un reloj de arena que uno puede dar vuelta. Aun cuando la vida sea pobre porque no tenemos algunos bienes y se encoge y no crece porque le falta lo que le es más propio —su imaginación—, aun cuando estamos cerrados o encerrados o alimentados por falsos sentimientos, envidias y cobardías y avaricias, siempre, aunque empobrecido, siempre está ahí el mundo y nosotros en él.

Se trata entonces de abrir la puerta que nos encierra.

Pessoa, Beckett, Coetzee, Sebald, comparten la soledad y la insondable tristeza de la existencia con los seres que encuentran, y escriben para salir de ellas, desde ellas mismas, y así se consuelan y nos consuelan. Parece que la amistad brota ahí en donde parecía que estábamos irremediablemente solos, y en la vida que pasa, estamos con nuestros semejantes para compartir la vida de todos los días: nacimientos, matrimonios, aniversarios, reencuentros.

A la cercanía con nuestros semejantes le hemos llamado amor o amistad. En esa cercanía nuestra vida se despierta y sale de su cerco, de su “sin”. Cuando niños, amor y amistad se confunden. Cuando mayo-

res, sabemos que en una real amistad hay siempre, aunque sin palabras, un sentimiento amoroso.

¿Qué sutiles límites hay entre lo que llamamos amistad y lo que llamamos amor? Es una pregunta que nunca terminamos de contestar. O de otra manera más precisa: ¿puede haber amistad entre personas de distinto sexo? ¿Podríamos ser amigos de una mujer que podríamos desear? ¿Desear a la mujer de un amigo? Hay a veces una inminencia a la que decidimos no abrirle la puerta, pero esa amistad contenida tiene un tono especial y estimulante. Basta que haya una gota de amor para que la amistad se tiña suavemente de otro color. Miramos entonces a la mujer que no es nuestra y decimos: no voy a seguir mirándola así; me resisto al deseo de tomar su mano.

Lawrence Sterne, que era, a pesar de ser un clérigo, inclinado a la ternura, exclama: “Nada más señora, que este tierno y delicioso sentimiento que va unido a la amistad donde hay diferencia de sexo”.

Imaginémonos una escena de una obra de teatro. Conversan, supongamos, un hombre y una mujer. Imaginemos también que ambos están casados. Al fondo, hay una puerta levemente entreabierta. Ambos “sienten” la presencia de esa puerta y se les ocurre —no lo dicen— que podrían cruzarla. Tienen claro que no lo deben hacer, que no lo van a hacer. Pero ahí está la puerta... y saben que una puerta que se ha abierto una vez puede volverse a abrir.

A veces pensamos que podemos ser amigos de una mujer que nos atrae después de haber atravesado con ella esa puerta. Deshecha la prohibición imaginamos que podemos tener entonces una relación más distendida. Pero cuando una mujer nos atrae decididamente y sabemos que ella siente lo mismo hacia nosotros... cómo se mueve entonces el suelo que separa la amistad del amor.

Nuestro asunto de hoy, sin embargo, es otro: la amistad de los amigos, la amistad de animales humanos del mismo sexo.

Los griegos, maestros en los matices de los sentimientos de atracción, distinguían entre lo que llamaban *eros*, *agape* y *filia*.

Eros es el deseo de lo que no se tiene. El hombre es el animal que siempre desea lo que no tiene, que nunca termina de desear y no termina de seguir deseando lo que se tiene y podría un día perder. Platón habla de la comunidad de amigos que desean conocer. Están animados, nos dice, por una “locura erótica”, un brote de locura amorosa,

poseídos por una fuerza divina: entusiasmados. Entonces el alma sale inconteniblemente de sí misma. La tradición cristiana recoge ese deseo infinito y lo transforma en deseo de Dios. El deseo erótico, este salir fuera de sí, está en el origen de todo conocimiento y no lo abandona. De ahí también brota el arte, y particularmente la poesía y la música. Pero también es el origen del pensar filosófico, desde Platón y Aristóteles hasta Heidegger, para quien el ser humano es capaz de estar desde sí mismo hasta fuera de sí mismo en la existencia. Ser es existir, salir de sí mismo. Toda la tarea del conocimiento ha sido dar forma a ese impulso erótico originario y originante. Habría que ordenar esa embriaguez, acostumbrarse a ella, explorarla, esto es, como hacerse amigo de conocer, convertir la embriaguez en estado habitual, oficio, obra. Nietzsche habla de esa embriaguez habitual, que en el oficio tiene la lentitud de una pasión.

La amistad reúne a los amigos que comparten una pasión. El amigo es otro ser humano que un día se nos *aparece* y su presencia nos confirma en nuestra existencia. No somos amigos, en este sentido, de todos nuestros compañeros, sólo algunos se convierten en nuestros amigos y esta amistad puede durar toda la vida. A veces nos hacemos amigos al poco tiempo de conocernos, descubrimos que tenemos deseos comunes.

Cuando llegué a la universidad me hice amigo así de Fernando Rosas, conversamos un día entero de nuestras pasiones comunes y esa amistad llegó hasta el día de su muerte y permanece en el recuerdo. No necesitábamos vernos todos los días, pero sabíamos que el otro estaba ahí.

En 1556, cuando Montaigne tenía 23 años conoció a De La Boétie que tenía 25 y que murió muy poco después. Dice Montaigne: “no fue más que vernos para que sintiéramos que no podíamos vivir el uno sin la compañía del otro”. Esa amistad fue el amor de la vida de Montaigne. Lo que llama más tarde amor en sus *Ensayos* no es sino su incurable inclinación a la posesión carnal de las mujeres y de sus experiencias eróticas nos ha dejado páginas precisas y divertidísimas. Sin embargo, volviendo a esa amistad fundamental con De La Boétie, se pregunta por qué éramos amigos, y dice “simplemente: porque él era él y yo era yo”. ¿Cuál es entonces la frontera entre la amistad y el amor?

A mediados del siglo XIX la amistad entre los amigos podía ser tan cercana al amor que ahora nos es difícil comprenderla. El cardenal

Neumann, cuando muere su inseparable amigo Ambrose St. John, escribe: “siempre he pensado que no hay pérdida comparable a la de un esposo o esposa, pero es difícil creer que haya un dolor como el mío”.

Después de Freud y todo lo que sigue, resulta fácil hablar de una inclinación homosexual, pero hay a veces en la amistad un innegable elemento erótico. Afinidades electivas. Los amigos se “caen bien”. Volvemos sobre esto.

Los griegos distinguían otra forma de amor, que llamaban *agape*. Y es la que se va a desarrollar decisivamente en la tradición del cristianismo que la ha traducido como *caritas*, caridad. No es el amor que desea, sino el amor que cuida, protege. Es el amor de los padres a los hijos, la amistad entre don Quijote y Sancho Panza. Es también el recíproco cuidado entre los amigos. Nos preocupamos de que nuestros amigos estén bien; por eso los llamamos, nos encontramos con ellos, y lo primero que les preguntamos es si están bien. Cuando están mal, los acompañamos. Es la mutua generosidad entre los amigos, el compartir amistoso.

Los amigos cuidan su amistad. Cuando jóvenes solemos hacer amigos que nos acompañan toda la vida. A diferencia del amor, no necesitamos verlos siempre. Podemos dejar de vernos, la amistad subsiste y brota cada vez que nos encontramos.

Permítanme aquí citar autores que me son queridos. John Keats: “El primer deber político de un hombre es la felicidad de sus amigos”. Samuel Johnson: “Un hombre, señor, debe cuidar permanentemente la amistad de sus amigos”. Guillaume Apollinaire: “Alegrémonos porque, director del fuego y los poetas, el amor quiere que hoy mi amigo André Salmon se case”.

Pero la palabra griega más cercana a la amistad es *filia*, que generalmente se traduce como amistad. La filosofía sería, por ejemplo, una amistad con el conocimiento o la sabiduría. Me atrevería a decir que la *filia* es una inclinación habitual y compartida hacia algún bien común. No está la *filia* sujeta al destino siempre incierto del *eros*. Tampoco requiere del cuidado imperativo de la amistad con los amigos. Añadiría que es un cuidado personal, pero que también nos permite disfrutar con los amigos que comparten esa misma *filia*. Podemos hacernos amigos de quienes viven lejos y no conocemos cara a cara. Los académicos publican y comentan sus *papers*; los artistas permiten que sus obras viajen. Por último, también podemos hacernos amigos de

quienes vivieron antes que nosotros. Podemos seguir siendo amigos de los que se fueron. Ser amigos y hacernos amigos de autores a los que no conocimos. También sucede esto: uno puede entrar a la casa de uno que comparte nuestra *filia*, recorre su biblioteca y sus discos y entonces sabe más de él. Hay una “presencia real” del amigo en los libros y discos que uno puede mirar o tener entre las manos.

Digamos que la amistad es un encuentro frecuente con los amigos que juegan, y no se cansan de jugar. Estas amistades no excluyen el desacuerdo y la disputa. Heidegger habla de la amistosa disputa por la verdad de la cosa. En esa disputa, la cosa querida crece y se transforma. Y esta disputa no es sólo intelectual. Existe en los deportes, que hoy tienen un lugar que nunca antes habían tenido. En un partido, los jugadores se enfrentan duramente por la posesión de la pelota. En una regata, se disputan la cercanía del viento favorable para dejar a sotavento las embarcaciones contrarias. Procuramos dejar *off side* al contrario y cometemos faltas menores que los buenos árbitros comprenden. Jugamos siempre al borde el *off side*, y los jugadores-pensadores de verdad, como Nietzsche y Heidegger pensaron pisando siempre la línea del *off side*, todo juego lo juegan los amigos en el borde de la transgresión. Sentimos como nuestros a los equipos que seguimos. Ser “hincha” es una forma de *filia*, que está al alcance de quienes deben trabajar duramente a tiempo completo. Seguir a un equipo, sentir que los jugadores son representantes nuestros, que es nuestro país el que gana o pierde y disputar apasionadamente sobre quiénes son los mejores, nos entretiene y nos consuela. Quizás en los juegos deportivos el animal humano alcanza un grado de perfección, que ahora reconocemos no sólo en un creador genial. Encontramos que el animal humano es capaz de ir más allá de sí mismo y podemos hoy, de otra manera, admirar la figura de los héroes que ya no son hijos de dioses, sino de posibles vecinos.

Somos amigos de nuestros amigos, de nuestros juegos y de los grandes maestros de los juegos. Dante conoce tan bien el arte de Virgilio que se lo encuentra cuando todo parecía perdido y se hacen amigos.

La amistad y los juegos van juntos, desde los más sencillos a los más arduos. Esa amistad se convierte en hábito y a veces en destino.

Mientras más viejo, más amigo del juego me vuelvo, decía Aristóteles.

La amistad de los niños

Desde que nacemos iniciamos el contacto con el mundo. Abrimos los ojos, reconocemos a nuestros padres, establecemos una relación entrañable con nuestra madre, y un poco después somos cada día más conscientes del mundo que nos rodea y de nuestra propia vida. Un niño entonces ya saluda y se ensimisma. Ya piensa.

Luego, reconocemos a otros niños y comenzamos a jugar. Inventamos juegos, los perfeccionamos, nos demoramos en ellos, y cuando reconocemos las aventuras de hombres extraordinarios en la pantalla de la televisión, los sentimos tan vivos como nosotros, y mucho mejores. Nos identificamos con ellos y sus aventuras son las nuestras. No nos cansamos de jugar. Un nieto mío pasaba todo el día imaginando con sus Legos las aventuras de Batman. Un día lo oigo decir en voz alta: “Aquí Batman está en graves problemas”. Le pregunto ingenuamente: ¿cuándo dejarás de jugar?, y me responde inmediatamente: ¡nunca!

¿Será posible? ¿Seguirá jugando toda la vida? ¿Su vida y sus juegos seguirán siendo una misma cosa?

La llamada realidad, la invocada educación, lo introducirán implacablemente en un mundo de informaciones y de opiniones útiles y generales. Dejará de conocer de primera mano, a menos que se resista a aceptar las explicaciones generales que se nos quieren imponer, y particularmente en un país insular y estrecho como el nuestro.

Pero entre tanto, ya nos hemos asomado a un mundo imaginario y hemos entrado en el reino inmenso de lo desconocido, hemos descubierto la aventura y la transgresión. Inventamos con nuestros amigos juegos prohibidos y sospechamos que en ellos se esconde un secreto oscuro y poderoso. Si superamos el conocimiento ordinario y comenzamos a conocer la complejidad de la vida, seguiremos siendo amigos de juegos. Reconocemos a quienes conservan el niño que llevan dentro de ellos porque siguen imaginativos y exploradores, como también, a los que dejaron extinguirse al niño que hubo en ellos y terminan siendo esa cosa desoladora que es un hombre que se toma en serio y repite lugares comunes sin descubrir lo que puede ocultarse en ellos: los vestigios de una imaginación original a la que podrían volver con un esfuerzo feroz.

Esas emociones fuertes de nuestra niñez, dice Bruno Schultz, cambian decisivamente nuestra vida y forman un nudo; no un nudo que podamos desatar tirando de uno de sus cabos; por el contrario, mientras

más tiramos, más se anuda. De la lucha contra ese nudo, dice, brota la obra de arte.

Al crecer lo desconocido, que nos llama e inquieta, parece eclipsarse. Pero es posible que vuelva a despertar en nuestra primera juventud, que es casi siempre el último momento decisivo; pero algo ha sucedido y es posible que no se nos borre nunca.

La amistad de los jóvenes

Alrededor de los quince años atravesamos una línea sin retorno. Somos adolescentes porque adolecemos de mundo, le faltamos al mundo, y el mundo también está en falta con nosotros. No nos basta con lo que nos ofrece. Si se habla de esa edad como la primavera de la vida, es que, como la primavera, brotamos. Nos brota una incontenible energía sexual. Cambia nuestro cuerpo y nuestra mente estalla. Nos sentimos embriagados de vida y universo. Andamos, dice Montaigne, con la cabeza llena de pájaros, de amor y de buen tiempo.

Queremos irrumpir en el mundo desde nuestra propia vida. Somos gregarios y solitarios, al mismo tiempo.

En los tiempos remotos, los jóvenes eran “raptados” por los mayores, atravesaban durante días situaciones extremas y aprendían a conocer el peligro desde la desprotección de sus vidas. A su vuelta eran reconocidos como adultos y podían tomar mujer. El promedio de la vida no iba mucho más allá de los treinta años. Hoy la llamada educación, que es casi siempre mera capacitación laboral, termina a esa edad con un Ph.D. Adivinándolo, los adolescentes se embriagan y en medio de esas fiestas excesivas pueden surgir amistades para toda la vida.

Somos insobornablemente solitarios y simultáneamente podemos pertenecer a una banda de la que formamos parte. Salimos en busca de alcoholes, precarios encuentros sexuales y aventuras. O nos iniciamos en viajes imaginarios, poéticos, musicales, políticos, religiosos y filosóficos; a menudo todos juntos. Cuando nos encontramos en las fiestas, simpatizamos los contemplativos y los prácticos, nos comprendemos o comenzamos a separarnos definitivamente. Pero cuando este brote y ruptura con lo establecido se hace constante, podemos hablar de una *resistencia* frente a los poderes del mundo y la crueldad de la vida. Hay quienes atraviesan esa línea y abandonan simbólica o efectivamente la casa del padre. Hay quienes siguen a hombres mayores, creadores que

tienen una obra propia. Pero también corren el peligro de ser engañados, de caer bajo el embrujo de “maestros de juventudes” o “directores espirituales” que pueden llevar al fanatismo o al desengaño. Porque al final, solo aprendemos de la experiencia de nuestra propia vida y de vidas ejemplares, y no de doctrinas que quieren explicar el mundo.

Sobre la pertenencia a una banda que comparte lealtad total, tenemos evidencias actuales que indican que esa forma de amistad se ha mantenido inalterable. En los *Detectives salvajes* de Bolaño, encontramos a Arturo Belano y su inseparable Ulises Lima caminando una mañana por las calles del Distrito Federal. Vienen saliendo, todavía ebrios, de una noche de desórdenes. ¿Qué están haciendo en esas condiciones? Bolaño lo sabe: están haciendo política. Se puede simultáneamente querer cambiar la propia vida y el mundo. La de ellos es más que una borrachera ordinaria, porque la poesía, el deseo y la política van, entonces, juntas.

Sobre ese viaje a lo desconocido que cada uno hace por su cuenta y la necesaria ruptura con el orden del Padre, todavía recordamos esa canción de Cat Stevens, allá por los años setenta. En ella el padre le dice a su hijo: “Quédate aquí conmigo, sé feliz”, y el hijo le contesta, con voz alta y decidida: “Padre, tengo que partir”.

Si nos remontamos a los orígenes poéticos y místicos de este cambio de la vida, recuerdo las palabras iniciales del poema de Hölderlin *El pan y el vino*: “En vano intentamos, maestros y jóvenes, contener el corazón en el pecho, pues un fuego sagrado nos impulsa de día y de noche a partir... hacia allá va cada uno, y vuelve, según como le es dado; pero entonces cada uno encuentra lo que es suyo”.

Ya recordábamos que Platón hablaba de esa “locura erótica” que nos cambia la vida y nos permite resistir críticas y burlas. La necesidad de renacer a una vida nueva está en el centro del mensaje del evangelio. Lo más fuerte, decisivo y verdadero, ya lo conocemos en nuestra primera juventud. ¿Cómo atravesar el desierto de lo desconocido sin perder la esperanza de llegar a otro mundo? Sabemos que es junto con los amigos. El desierto se atraviesa en caravana.

Y los que no partieron, los que muy luego “sentaron cabeza”, a ellos sus fantasías débiles, debilitadas todavía más por los llamados al orden o por cualquier mensaje a la moda (como creer, por ejemplo, en el “liderazgo y el emprendimiento”) los abandona a eso de los veinte

años. Para ellos el fracaso no está a la vista, y se conforman con “el orden de la familia” y el orden social

¿Qué quieren los jóvenes cuando reclaman una educación mejor?

Generaciones enteras perdidas en un orden mediocre, una religiosidad debilitada y formal, y un falso sentimentalismo que nos hace sentirnos “buenos”. Como si no fuera esencialmente humano llegar a tener una casa, un oficio y una familia. Solo que algunos atraviesan, lo que Conrad llama, esa línea difusa que separa la juventud de la edad madura. Llevar a puerto una nave llena de enfermos en medio de un mar sin vientos, escribir el primer poema, la primera canción, que nos hará navegantes o artistas.

La amistad sagrada

Para los que no desertan se abre esa forma superior de convivir que llamamos la amistad sagrada. La conocen los amigos que han tenido *experiencias límites*. Lecturas decisivas, accidentes o naufragios, alguna música reveladora, silencios compartidos. Si sobrevivimos, alcanzamos un conocimiento que nos llega en medio de la vida y que la cambia para siempre. Nos apropiamos de nuestra vida, pero también tenemos derecho a la vida sosegada y feliz. Dos humanos pueden ser vecinos, tener casas relativamente iguales y uno de ellos puede haber ya atravesado la línea decisiva. La diferencia puede que no se note. La tradición judía dice que Yahveh no destruye al mundo porque hay hombres que saben. Pero ellos mismos no saben que saben. También están los que traicionan tardíamente esa amistad; pero no hablemos de ellos.

Hay otros que pueden transformar el gozo y el dolor de ser en obra, en arte. El arte es una lectura de nuestra propia experiencia y puede transformarse en lo que llamamos una obra o lograr que la vida misma sea una obra de arte. En ambos casos es una pasión sostenida que, como el amor, arde lentamente. Entonces vuelven, convertidos en arte, los juegos de la infancia y los ardores de la primera juventud.

Con la edad, la vida y la obra se hacen una, anota Bracque.

Es Nietzsche el que propone nítidamente convertir la propia vida en arte. Es la extrema posibilidad humana, y no hay otra más allá en este mundo, y no nos hace, necesariamente, reconocidos o famosos.

Esa extrema posibilidad humana está al alcance de todos. Específicamente, la obra de arte nos muestra que la vida puede ser de muchas

maneras. Así, el constante cuidado de la vida genera el cuidado de una forma. No se puede vivir sino de una propia manera, y cada uno debe encontrar la suya. Esto requiere abandonar las ideas que nuestra educación y medio ambiente puede habernos proporcionado. Requiere, en cambio, con la mayor sencillez explorar formas que son aparentemente contradictorias. Las almas quedan como lugares abiertos, acogedores, amistosos para reconocerse a sí mismos y hacerse amigas de otras almas. Estamos hablando de almas amistosas, hospitalarias.

¿Cómo, si no, pregunta Hölderlin, podrás decirle a cada uno su propio dios?

La revolución política y la conversión religiosa pueden ser forma de amistad sagrada.

Hay quienes quieren cambiar el mundo, hacer lo mejor para todos; amigos que comparten la pasión por un bien común ofrecido a todos por lejano que esté. Se los ha llamado utopistas, revolucionarios. ¿Cuál es la línea que separa a los artistas de los que quieren cambiar el mundo? Parece una división arbitraria, porque son raros los creadores que no hayan sentido la limitación de la vida y la necesidad de cambiarla. Las relaciones entre arte y política son, por lo mismo, cercanas, y al mismo tiempo, equívocas. Generaciones enteras hemos entendido la libertad política oyendo a Beethoven o leyendo a Hölderlin, por ejemplo (Marx, sin ir más lejos, conocía muy bien a Hölderlin). Creadores y revolucionarios enfrentan sus propias amenazas. Un artista puede saber qué diferencia a un creador de un mero repetidor que sólo tiene algo de buen gusto. El sentimiento de superioridad es entonces inevitable por evidente. Pero la voluntad revolucionaria quizás enfrenta una amenaza particular, que no es sólo la de descalificar, sino marginar, reprimir o eliminar a los representantes de un mundo viejo que quieren derrocar. La seguridad que pueden dar el poder y la doctrina se ha convertido muchas veces en una forma terrorífica del mal.

La religión, y específicamente el cristianismo, propone también una comunidad de amigos. Se trata de cambiar la vida de tal manera que el que quiera ganarla tiene antes que perderla. Esa es la mayor paradoja y el supremo escándalo. Pero cuando el cristianismo se ha transformado en poder absoluto y toma la forma del imperio gana consistencia y tradición, pero también se contradice y se traiciona a sí mismo. La Iglesia se transforma así en un centro de poder y quiere convertir o destruir a quienes se le oponen. Sin embargo, en su interior han brotado

históricamente formas de vida genuinamente cristianas. Por detrás y encima permanece esta palabra insuperable del evangelio: “Ningún amor más grande que el que da la vida por sus amigos”.

La amistad sagrada nos abre en esta vida a una vida otra. En el Canto Quinto del Infierno, Francesca, abrazada a su amante Paolo, le dice a Dante: si tú fueras amigo del rey del universo, qué amistad es ésa, es posible que nosotros ya no podamos creer que hay un rey del universo, pero podemos ser amigos de lo que no conocemos y en lo que confiamos que está abierto ante nosotros. Reconocemos esa amistad en las palabras de Francesca. Su vida y la de su amante cambiaron para siempre y en medio del dolor se seguirán amando. El amor y la amistad se encuentran. Dante es *amigo* de Virgilio, que ha venido a acompañarlo porque su *amiga* celestial se lo ha pedido.

Dedicamos una obra a un ser que hemos querido o nos ha querido. En el recuerdo habita la amistad. O, para decirlo en el lenguaje de este tiempo, quisiera terminar con estas palabras de Foucault, escritas en la última página del manuscrito de su último curso:

La verdad nunca es lo mismo; solo puede haber verdad en la forma de otro mundo y la vida otra.